

2000

Francisco Véjar. *Antología de la Poesía Joven Chilena*.
Editorial Universitaria: Santiago, 1999.

David Preiss

Citas recomendadas

Preiss, David (Primavera 2000) "Francisco Véjar. *Antología de la Poesía Joven Chilena*. Editorial Universitaria: Santiago, 1999.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 51, Article 30.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss51/30>

Francisco Véjar. *Antología de la Poesía Joven Chilena*. Editorial Universitaria: Santiago, 1999.

La presente antología de Francisco Véjar se suma a otras realizadas durante los años 90 sobre este mismo conjunto de escritores, nacidos entre 1965 y 1975 aproximadamente. Entre ellas, cabe destacar por diversos motivos las siguientes: la antología realizada por Javier Bello para el departamento de Literatura de la Universidad de Chile como parte de su Tesis de licenciatura en 1995;¹ la antología realizada por Mario Andrés Salazar, Floridor Pérez, y Tomás Harris para el Estado a través de su Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM);² el compendio realizado por César Valdebenito³ que contiene la muestra más amplia de poetas jóvenes realizada a la fecha en Chile, y la publicación en Internet realizada por Universidad de Chile, titulada *Las Náufragos, Poetas Chilenos de los 90*.⁴ A ellos se suman numerosas publicaciones universitarias, tanto libros como revistas, que por motivos de espacio y de oportunidad no podemos inventariar aquí. Como se deja ver, este conjunto de autores no ha carecido de medios de difusión. La antología de Véjar viene a coronar este proceso de aparición y diseminación de un grupo de voces nuevas en la poesía chilena, el cual con premura ha reclamado su lugar entre las audiencias.

Pero las audiencias le han sido esquivas, como es habitual en la poesía contemporánea, y como es habitual en Chile, así como han sido pocas las voces capaces de salvar o ignorar la autorreferencia básica de los circuitos culturales chilenos. La antología que aquí se reseña es un nuevo intento de dotar a estos escritores de una tribuna desde donde hacer escuchar sus propuestas. Y, si bien la mayor parte de los autores antologados bordea los 30 años, no deja de impresionar cómo el afán "canonizante" de la literatura chilena se ha apresurado en clasificar, seleccionar y apostar sobre las obras emergentes, cuando cabe preguntarse todavía cuántas de estas voces constituirán una obra, en el sentido más acendrado del término. La premura de estas clasificaciones queda mostrado por el bajo nivel de consenso existente en Chile sobre cuáles son las principales voces de la poesía joven. A modo de ejemplo, la antología de la DIBAM incluía 25 autores, todos

antologables por el “mérito de ser jóvenes” en la selección de Véjar. Sin embargo, su antología coincide con la primera en sólo 9 nombres, diferencias que no obedecen sólo a que la primera antología consideró un margen más estrecho de edad. ¿Opciones estéticas de los responsables de la selección? No parece ser el motivo: ambas antologías cuentan con un repertorio bastante variado de propuestas estéticas. ¿Premura? Tal vez. La antología de la DIBAM contenía autores sin libros publicados. ¿Escrituras en vías de definición? Probablemente, aunque hay voces que tuvieron desde el comienzo una producción bastante sólida y definida. Sin embargo, este no es un problema que sea necesario ni pertinente responder en virtud del momento vital de los escritores aludidos: confiamos en que todo lo que pueda llegar a decirse no ha sido dicho todavía.

Pese a estas salvedades, tras una década de trabajo es oportuno hacer un balance de lo que ha sido entregado a la literatura chilena por este conjunto de escritores. Con tal propósito, la antología de Véjar recoge 28 nombres y hace un aporte valioso en ese sentido. Con él, puede decirse “los nuevos poetas existen”.

Toda antología es un inventario de preferencias. La antología que aquí se nos ofrece pretende ser, sin embargo, sólo una “fotografía” y desligarse de las responsabilidades a que como selección se halla comprometida. En tal sentido, no cuenta con una perspectiva estética unitaria que defina sus contornos, salvo el rango etéreo y cierto juicio sobre la “calidad” de las producciones seleccionadas, que ha sido confiado al antologador, quien ha hecho, entonces, una opción abierta por la variedad de nombres y propuestas, antes que por el enmarque de un movimiento literario, con un manifiesto y un programa de trabajo definido, del cual esta generación de todas formas carece. Cada autor presenta su poética, y el antologador hace una selección de cerca de cinco planas de su trabajo.

Quien se ha empeñado en un oficio tan poco definido como la poesía, conoce bien lo difícil que es el que “lo tomen en serio”. A las desconfianzas habituales y afectuosas de los más próximos, que suelen identificar poesía y pubertad, se suman las desconfianzas más rudas del mundo cultural e institucional, que suele ver en el despuntar de una nueva generación una extraña forma de amenaza, sobre todo cuando éste no se halla muy seguro de sus fundamentos y se halla todavía ocupado en establecerse. Tal vez la sola aparición de voces más jóvenes — sobre todo cuando éstas cuentan con una buena dosis de calidad y talento — tiene un efecto desorganizador entre los mayores. En Chile, esta desconfianza se ha expresado principalmente en que estas nuevas obras “no han sido tomadas en serio”. Se las premia, se las financia, se las publica, pero no se las considera *seriamente*. Y, por supuesto, tampoco se las *lee*. Por ejemplo, la citada antología de la DIBAM es tan generosa en erratas, que pierde su valor como texto de referencia. Se cumple formalmente con el programa del

Estado y con las aspiraciones de los jóvenes, pero se presenta al público una pálida versión de lo que eran los textos antologados. Es claro que si se tratara de autores “consagrados” se habrían tomado las precauciones del caso, puesto que allí la antología “iría en serio”.

Esta antología no reproduce los defectos de esa anterior y cumple con los requisitos mínimos de respeto a los autores que trata. Permite así entregar una idea genérica de los libros de poesía escritos por autores jóvenes y aparecidos en Chile durante la década del 90. En efecto, es la aparición de libros como *La Rosa del Mundo* (Javier Bello, 1996), *El árbol donde envejece la muerte* (Marcelo Pellegrini, 1996), *El árbol del lenguaje en otoño* (Andrés Anwandter, 1996), *La insidia del sol sobre las cosas* (Germán Carrasco, 1998), *Escrito en Braille* (Alejandra del Rfo, 1999), entre otros, lo que permite deslindar a una nueva generación de escritores y legitimar una antología. Tales libros, además de calidad, reflejaron el nacimiento de algo nuevo, o, por lo menos, no visto en la poesía chilena; y es eso, lo que hay en ellos de inédito y lo que ha sido *molesto* en sus libros, aquello que permite indicar que hay voces nuevas que ya constituyen identidades poéticas definidas. Desgraciadamente, en virtud del afán “democrático” de esta antología, esas voces no logran perfilarse con claridad. Para todos los autores, el mismo espacio. Como si el número de páginas fuera un indicador de reconocimiento y la estandarización un modo de evitar la polémica. Faltó la cuota de riesgo necesaria para hacer de esta antología lo que verdaderamente debe ser una antología: un juicio estético sobre un conjunto de obras a la mano. Como la extensión de la muestra es limitada contamos con cerca de cinco planas que no alcanzan a mostrarnos con claridad el perfil de sus autores, esto es: su calidad de escritores serios. Hubiera sido mejor, tal vez, restringir la muestra a diez nombres y presentar una muestra más generosa de sus textos.⁵ El mérito de ese defecto es que la *Antología de la Poesía Joven Chilena* ofrece una muestra amplia de las sensibilidades presentes en la nueva poesía y permite al lector inquieto inquirir por los libros de referencia — los cuales, por supuesto, son inencontrables, debido a la precariedad con que fueron publicados y distribuidos.

Resulta difícil señalar cuáles son los rasgos propios de esta generación. Ello lleva la suposición de que, además, necesariamente todos los cohortes generacionales deben compartir una poética, lo cual no corresponde al caso que nos ocupa. Sin discutir ese supuesto, hay que señalar que esta promoción ha remarcado siempre tanto sus diferencias internas como sus diferencias con otros escritores actualmente vigentes en Chile, haciendo hincapié de manera prematura en la *individualidad* de los hablantes. La unidad de lo plural parece estar, sin embargo, en que, como dejan traslucir las poéticas, ninguno de los escritores antologados pareciera adscribir a una idea universal de poesía, salvo un par de inocentes excepciones. Es

interesante notar cómo muchas de estas poéticas — y quizá las más interesantes — están marcadas por el escepticismo. Anwandter: “cada poema me ha significado dificultades tan distintas, que no me atrevo a afirmar nada definitivo. Quizá cada poema es su propia poética” (p. 18.) Y, similarmente, Jesús Sepulveda: “Cada poeta es una poesía que en algún momento leemos y luego recordamos, o se nos queda en la mente” (p. 124.) Igualmente, ninguno de ellos parece aspirar, como Zurita, a ocupar el lugar dejado por los patriarcas poéticos en el espacio público chileno. Antes bien, parece existir una suerte de “conformidad en la desgracia” de escribir y leer ante auditorios vacíos o, en el mejor de los casos, frente a otros poetas (por lo habitual, de la misma generación.)

La desvinculación entre poetas y lectores, y la consiguiente cerrazón de los circuitos literarios, parece obedecer, parcialmente, a una cordial separación entre el arte y la política y, tal vez, a la desactivación que ha afectado a la misma política durante la transición pactada a la democracia.⁶ No se trata, por supuesto, de que los poetas jóvenes abjuren de la política, en su práctica civil, sino de que ninguno de ellos pareciera estar dispuesto a comprometer su trabajo con un arte — la política — que por su imbricación por el poder es siempre susceptible de corrupción. Se trata de un aprendizaje no menor y de una nueva forma de resistencia cultural. En segundo lugar, la sistematización de la poesía puede obedecer también a la “crisis” que afecta al “arte culto” en Chile y del cual la poesía sería tributaria por la habitual identificación entre poesía y “alta cultura”, a pesar de los gestos desesperados y suicidas que han hecho en Chile algunos escritores por salvar esta distancia. Los motivos de esa crisis no son, por supuesto, tematizables aquí. En consecuencia, lejos de la vanguardia, estas escrituras parecen orientarse, tal como hace notar véjar en el prólogo, a la recuperación de la tradición poética chilena — rota por la violencia política y la violencia literaria — como si con ello pudieran restañar, tal vez sin consciencia, las heridas del frágil tejido social al que pertenecen. El costo de ello es que la experiencia de la dictadura no haya recibido el trato que, *por supuesto*, merece. En efecto, no hay ningún texto en esta antología que haga referencia — de una manera lograda y explícita — a la historia reciente de Chile. Sin embargo, no pocos de los autores citados estarían de acuerdo en que *hoy* la escritura de poesía es *ya* un hecho político por sí mismo y en que la reconstrucción de la memoria histórica pasa previamente pero no solamente por la reparación de la poesía. Este gesto es, por supuesto, una ruptura con la tradición de la ruptura y el elemento paradójico contenido en ella se supera con el reconocimiento del valor creativo que tiene la tradición.

En consecuencia, el criterio de validación que estas obras reclaman para sí mismas no sale de las distinciones que el propio arte produce: tal como dice Javier Bello “Las herencias y las confluencias de la poesía se quedan radicalmente fuera de las aduanas de los pensamientos ordenadores,

al igual que su única virtud, la de hacer verdadero el mundo” (p. 29); o, tal vez más radicalmente, Armando Roa: “Es probable que las palabras, como arbitrario repertorio de signos que son, sólo sirvan para la estética y no para la búsqueda de la verdad” (p. 110); o Julio Carrasco: “No existe el problema del arte, sino el problema de las preguntas que el arte formula: mas que responder, la poesía busca nuevas formas de exponer esas viejas preguntas” (p. 40); o Germán Carrasco, menos literalmente: “Cuidar la belleza que la praxis lisa, cantar la ternura insustentable, el dedo en la boca, el brillo de Venus que me haces ver apuntando con los pezones” (p. 35). Véase la que es quizá la poética más lograda del libro — esto es, la poética escrita por Alejandro Zambra, de la cual tomamos esta cita: “El poema es ese lugar en que las cosas son puestas en duda, lo que implica una cierta disposición de la mirada hacia una constatación del desorden en que vivimos (que hacemos) o a un intento siempre fallido de ordenarlo: hacer presente la ausencia de una explicación, hacer valer la redundancia de un esfuerzo inútil. Para reunirse en el desamparo, porque la poesía *no significa nada si no permite a los hombres acercarse y conocerse.*” (p. 153)

Sin embargo, los poemas logran franquear los obstáculos citados e integrarse a la corriente de la poesía chilena. Ya están ahí, pues, reclamando la atención del lector. En algunos casos, poemas cerrados, “antologables”, como se les suele llamar. En otros, fragmentos de textos extensos que, desgraciadamente, pierden el contexto del libro al que remiten, una vez que son fragmentados, antologados y presentados de manera parcial. No escapo al hecho de que es obligación de una reseña de este tipo indicar nombres de autores que debieron estar incluidos en la antología. Yo indico sólo tres, atendiendo al encuadre del texto aquí tratado: Damsi Figueroa, Jorge Mittelman y Marcelo Pellegrini. Tal vez la lista sería mayor, y más interesante, si hiciera referencia a poemas ausentes.

Escribo esta reseña en el momento en que la Editorial Universitaria, la principal casa editorial de Chile y bajo cuyo amparo se ha publicado el libro aquí reseñado, enfrenta la mayor crisis financiera de su historia y, con ello, el riesgo del cese definitivo de sus actividades. Que este hecho ilustre el contexto en que estas obras salen a la luz.

David Preiss
Pontificia Universidad Católica de Chile

NOTAS

- 1 *Poetas chilenos de los noventa. Estudio y Antología. Tesis para optar al grado académico de Licenciado en Literatura, Universidad de Chile.* Contiene el primer estudio serio sobre esta promoción.
- 2 *Poesía Chilena para el Siglo XXI Veinticinco poetas, 25 años.* Santiago de Chile: DIBAM, 1996.
- 3 *Poetas chilenos jóvenes: antología.* Concepción: Lar, 1998.
- 4 La dirección en Internet es: <http://www.uchile.cl/cultura/poetasjovenes/index.htm>.
- 5 Y no caer en la tentación del “antologador antologado”, por supuesto. Debería sentarse una costumbre honorable a este respecto: quien toma la responsabilidad de hacer una antología, es decir un juicio estético, se excluye de las consecuencias de ese juicio.
- 6 En efecto, podemos preguntarnos, en qué medida la poesía tuvo audiencias durante la dictadura gracias a su compromiso con los movimientos de resistencia cultural.